

Racionalismo crítico, conocimiento científico y marxismo. (I)

Rafael PARDO AVELLANEDA

Universidad Complutense, Madrid.

I

Es un tópico bien establecido la relevancia y funcionalidad que la metaciencia contemporánea tiene para la ciencia misma, esto es, sobre la autoconsciencia de los investigadores más productivos (o «creativos», como suele decirse), capaces de someter a escrutinio los fundamentos sobre los que se levante el entero edificio de las respectivas disciplinas categoriales. Indicadores de tal importancia se tienen en la larga lista de destacados científicos que receptionan en sus publicaciones técnicas noticias más o menos sistemáticas del campo de la teoría de la ciencia, o en la aparición nada infrecuente en las revistas especializadas de las varias disciplinas de artículos de naturaleza metacientífica al lado de trabajos atinentes a la especialidad de que se trate. Pues bien, esa tesis adquiere mayor fuerza si se cualifica atendiendo a dos consideraciones. La particular sensibilidad tenida desde el mismo momento de constitución de sus disciplinas por los científicos sociales activos ante los cambios en el horizonte metódico de la época, construido por lo común a partir de materiales procedentes de otros cuerpos de saber, es la primera de ellas. La otra tiene que ver con aquellas situaciones de perceptible oscuridad o dificultad en seguir basando la investigación sustantiva en nociones o abstracciones básicas vacilantes o inseguras, o, dicho más rotundamente, en períodos de crisis de la disciplina en cuestión¹.

Existe hoy suficiente evidencia del aludido sentimiento de crisis de fundamentos en cultores nada excéntricos de corpus de conocimiento como la Ciencia Política, la Economía, la Psicología Social y la Sociolo-

¹ Cfr. M. Sacristán, *Introducción a la lógica y al análisis formal*. Barcelona: Ariel, 1973. p. 30 y ss.

gía. Esa crisis formalizada en la década de los setenta (aun contando con raíces y manifestaciones en el período anterior) es radical en el sentido etimológico del término. Y tiene que ver, en primer lugar, con la perceptible crisis del referente material sobre el que se recorta el objeto formal de las investigaciones científico-sociales, esto es, con «datos» tales como la interrupción de la larga fase de crecimiento relativamente sostenido de las economías occidentales, con la consiguiente puesta en cuestión de los artefactos conceptuales que se suponía estaban, cuando menos parcialmente, en su base (las políticas económicas y sociales de matriz keynesiana, de propósito anticíclico y estabilizador del mercado); la aparición de nuevas «potencialidades de protesta» (Habermas) de difícil organización o canalización hacia el tradicional sistema de partidos y las organizaciones sindicales; la formalización de unos peculiares «actores político-constitucionales» (organizaciones de intereses actuando por delegación pública como «gobiernos privados») al lado de los clásicos «sujetos jurídico-constitucionales» (los partidos políticos) que modifican la dinámica del sistema político-social (teorías neocorporatistas de Schmitter, Lehbruc et alii); la manifiesta alteración de las relaciones cultura-naturaleza y la aparición de la crisis ecológica (Meadows, Forrester, Mesarovic, Pestel); la llamada crisis de la legitimación de la ciencia, efecto parcial de la copresencia de una micro-racionalidad científica capaz de penetrar muy eficazmente en áreas limitadas y abstractas de la realidad natural y social junto a una macro-desrazón en planos cruciales de la vida social en el planeta (Ladrière, Escuela de Budapest); el cambio tecnológico, en fin, implicando la remodelación de las formas de organización del trabajo y segmentando el mercado de trabajo mismo. Crisis que por su generalidad y profundidad puede ser calificada de «crisis civilizatoria»².

Dato significativo de la presente crisis del objeto material político-social es que va acompañada de la ruptura de los paradigmas dominantes en Economía, Psicología Social y Sociología. Pero seguramente los dos aspectos más básicos y diferenciadores respecto a otros episodios críticos de menor calado sean la crisis de la propia concepción epistemológica tradicional (o «concepción heredada» de las teorías científicas), que laxamente puede ser calificada de ascendencia vienesa, que había legitimado y en cuyo marco habían ocurrido buena parte de las contribuciones sustantivas de las disciplinas científico-sociales. La otra dimensión a notar es la crisis de la principal construcción teórica y programática alternativa al modo de organización económico-social y política nacido con la modernidad, el marxismo en sus varias corrientes principales³.

² Cfr. A. Doménech, «Reconsideración del peor lado de la historia», en *Materiales* 12 (1978), pp. 5-14.

³ Cfr. F. Fernández Buey, «sobre la crisis y los intentos de reformular el ideario comunista», en *Mientras Tanto*, 3 (pp. 91-114); 4 (pp. 43-77); L. Colletti, «La crisis teórica del marxismo», en *El viejo topo*, 25.

Efectos de la aludida crisis epistemológica en el corpus de la ciencia social son la reaparición de venerables discusiones, que se daban por definitivamente clausuradas, acerca de la diversidad versus la unidad metódica entre las «dos culturas» o grupos de ciencias, la cuestión de la practicabilidad del weberiano ideal de la «Wertfreiheit» en el contexto del trabajo científico, la primacía de orientaciones cualitativas, el tratamiento de y con objetos singulares-específicos frente a la ocupación genérico-abstracta con clases de objetos o fenómenos (con «abstractos»). Discusiones que han abonado proyectos tales como la construcción de unas «nuevas reglas del método sociológico» (Giddens)⁴ o la «reestructuración de la teoría política y social» (Bernstein)⁵.

Con independencia del estilo intelectual, diagnóstico y terapéutica propuesta, las valoraciones acerca de la situación de la Ciencia Económica son del tenor siguiente. El profesor A. Rojo declaraba en su intervención en el Simposio sobre Popper, celebrado en Madrid en 1984 y recogido en este número de TEOREMA, que lo que se tiene hoy ante la vista del heredado edificio teórico y metódico en Economía no es sino «un montón de ruinas»⁶. Y, también entre nosotros, Julio Segura escribía hace ya ocho años que «no constituye novedad alguna afirmar, a comienzos de 1977, que el análisis económico se encuentra sumergido en una crisis profunda y duradera (...). Por encima de todos los posibles paralelos entre ambas crisis [la actual y la de los años veinte o «Gran depresión»] del análisis económico heredado, la actual es mucho más profunda que su predecesora. En primer lugar, se ha planteado muy agudamente en el plano de la epistemología (...), cosa que no sucede en los años treinta. En segundo lugar, la crisis actual ha hecho eclosión, casi simultáneamente, en la mayoría de las áreas de la teoría económica, haciéndose con frecuencia llamadas a un cambio de raíz como única solución posible. Por último, existe un acuerdo generalizado de que el sistema capitalista se encuentra en una etapa más avanzada de su desarrollo histórico, y esto implica (...) que se hace preciso un cambio profundo de la teoría económica para hacer frente a las nuevas realidades»⁷. Por su parte, un estudioso de la cosa como H. Katouzian, después de notar que «la Economía está en crisis» y que «todos los economistas conocen y están de acuerdo con este enunciado», la ha correlacionado tanto con la crisis económico-social cuando con el horizonte metódico (su propia investigación versa sobre *Ideology and Method in Economics*), y, enlazando con la obra de T. S. Kuhn, ha subrayado la pertinencia e importancia de proceder a un «análisis filosófico de sus propios fundamentos»⁸.

⁴ A. Giddens, *New Rules of Sociological Method*. London: Hutchinson, 1976.

⁵ R. J. Bernstein, *La reestructuración de la teoría social y política*. México: FCE, 1982.

⁶ L. A. Rojo, intervención en el *Simposio sobre K. Popper*, Madrid, noviembre 1984.

⁷ J. Segura, «Algunas consideraciones sobre la crisis del análisis económico ortodoxo», en *Lecturas de Microeconomía*. Madrid: Facultad de Ciencias Económicas, 1977.

⁸ H. Katouzian, *Ideology and Method in Economics*. London: Macmillan Press, 1980, p. 21.

Centrándonos en la Sociología, cabe afirmar nada problemáticamente que análogos sentimientos a los recién expuestos desde el lado de la Economía recorren la producción de buen número de profesionales de la misma durante la pasada década, al menos de aquellos que figuran entre los más críticos e informados. Documentemos brevemente, en primer lugar, la afirmación dicha. R. J. Bernstein escribía en 1978 que «la impresión inicial que nos provoca la lectura de lo que se ha escrito durante el último decenio de las disciplinas sociales o acerca de ellas es la de un caos total. Todo parece estar 'prendido con alfileres'. Hay escaso o nulo consenso —excepto entre los miembros de la misma escuela o subescuela— acerca de los resultados bien establecidos, los procedimientos de investigación adecuados, los problemas importantes, o aún los enfoques teóricos más prometedores para el estudio de la sociedad y de la política. Hay aseveraciones y refutaciones, una verdadera babel de voces que reclaman nuestra atención»⁹. Pocos años antes —hace ahora 15 años— A. Gouldner había declarado sonoramente lo que buen número de profesionales de la disciplina sentían y manifestaban privadamente: que la Sociología occidental académicamente institucionalizada estaba en crisis. Ante las numerosas críticas, veraces o ad-hoc, recibidas por parte de colegas importunados en su buena consciencia de seguridad profesional e insensibilidad teórica, Gouldner se veía obligado, tan sólo tres años después, a revisitarse el tema de la crisis, aclarando el sentido y alcance de sus planteamientos primeros en *The Coming Crisis of Western Sociology*¹⁰. El modelo ofrecido por Gouldner para dar cuenta de la crisis era dependiente de un modelo más general atinente a las relaciones de mutua implicación entre «teoría social» y «sociedad»: «toda sociedad —escribía en 1973 el desaparecido sociólogo— es en parte un producto de una teoría social, y toda teoría es en parte un producto social de su sociedad. Por tanto, es imposible hacer una crítica de una sin hacerla de la otra, aunque se puede tener una falsa consciencia y pensar que esto es posible»¹¹. En tal marco, *The Coming Crisis*, «tuvo principalmente el propósito de iniciar una discusión concerniente a la relación de la Sociología con la sociedad, y por ende de la teoría con la práctica. Su polémica contra la Sociología convencional, 'normal', pretendía contribuir a despejar un ámbito dentro del cual pudiera surgir en los Estados Unidos una sociología emancipadora»¹². Dos cuestiones interesa retener del planteamiento de Gouldner: la primera es la postulada relación funcional entre «teoría social» y «sociedad» y, consiguientemente, entre crisis societal y crisis de la teoría social correspondiente a la misma. La crisis es conceptualizada, pues, des-

⁹ R. J. Bernstein, op. cit., pp. 12-13.

¹⁰ A. Gouldner, *The Coming Crisis of Western Sociology*. London: Heineman, 1971.

¹¹ A. Gouldner, *La sociología actual: renovación y crítica*. Madrid: Alianza Editorial, 1979, p. 87.

¹² Ibidem, p. 86.

de una óptica externalista a la propia disciplina. La segunda es que para hacer frente a la dúplice crisis del objeto material de la teoría científico-social, así como de ésta misma, se propone la construcción de una sociología axiológicamente orientada hacia el cambio del vigente orden social. La nueva sociología pretendería hacerse cargo de la sensibilidad juvenil-emancipatoria presente en los nuevos movimientos sociales en la estela de los años sesenta, atendiendo más a lo cualitativo que a la primicia de los enfoques cuantitativos de la etapa anterior. Tal enfoque, aún con acentos y raíces doctrinales diversos, tiene puntos de intersección notables con la tradición sociológica de la «teoría crítica de la sociedad» de matriz frankfurtiana, resultando como ésta más interesante desde el lado de su aportación al diagnóstico de la crisis que desde el ángulo de su terapéutica. Pues, en efecto el ideal de una teoría (en sentido fuerte) crítica es proyecto erizado de dificultades bastante gruesas para ser removidas con el instrumental servido por la metaciencia contemporánea, por más que desde la constitución de la llamada «teoría postarrealista de la ciencia» se hayan acortado distancias entre proposiciones normativas y proposiciones enunciativas o indicativas.

Con todo, los indicadores más pregnantes de la generalizada conciencia de crisis en la disciplina percibida en los setenta¹³, se tienen en lo que E. Lamo ha calificado como transición desde una fase «de consenso escindido a una de disenso pluralita», esto es, el debilitamiento de los dos principales paradigmas en cuyo marco habían llevado a cabo su trabajo al menos dos generaciones de sociólogos, a saber, el estructural-funcionalismo y el marxismo: «el modelo estructural-funcional, que dominó de modo casi total durante los años 40 y 50, hasta el punto de que fue identificado con el lenguaje de la sociología o con la sociología misma, y que fue argumento central de la profesionalización de los sociólogos no ha pasado la prueba de fuego de los sesenta y ha estallado en mil modelos (...). Lo que fue concebido como el paradigma de la sociología es hoy sólo uno de los muchos, y ni siquiera el más aceptado (...). Ahora bien, al tiempo que el funcionalismo entraba en crisis, otro tanto ocurría en el campo de su tradicional enemigo: el marxismo»¹⁴. El otro indicador principal, distinguible del anterior sólo a efectos analíticos, es la inseguridad epistemológica y la consiguiente proliferación de propuestas metódicas en con-

¹³ Además de las obras de Bernstein y de Gouldner, pueden verse en castellano los trabajos de Juan F. Marsal, *La crisis de la sociología norteamericana*. Barcelona: Península, 1977; J. R. Aramberry, *Los límites de la sociología burguesa*. Madrid: Akal, 1977; J.E. Rodríguez Ibáñez, «Una nueva teoría social para una nueva época», en *Teoría crítica sociología*. Madrid: Siglo XXI, 1978; C. Moya, «Argumentos para otra ciencia social», en J. Jiménez Blanco y Carlos Moya, eds., *Teoría sociológica contemporánea*. Madrid: Tecnos, 1978; M. Beltrán, *Ciencia y Sociología*. Madrid: CIS, 1979; G. Bello, «El malestar de la teoría sociológica» ICE, 3-4 (1977), pp. 192-231, y, sobre todo, el trabajo de E. Lamo de Espinosa intitulado «Una sociología de la sociología contemporánea» (mimeografiado).

¹⁴ E. Lamo, op. cit., pp. 7-8.

traste. García Ferrando ha notado ese dúplice carácter de la última crisis en Sociología, teóricico y metódico a un tiempo: «la crisis de la Sociología parece haber alcanzado la forma simultánea tanto a lo que se entiende como conocimiento teórico substantivo sociológico, como al método para lograr dicho conocimiento»¹⁵.

Quizás se haya amortiguado considerablemente en los ochenta la sensación de crisis en la disciplina, en la medida en que tampoco en el período de apogeo de ese sentimiento se detuvo la investigación sociológica y, sobre todo, debido a la proliferación de teorías de «alcance intermedio» («Theories of the middle Range» de Merton) y al paralelo trabajo por asir de nuevo los fundamentos de la especialidad como el realizado por Jeffrey C. Alexander¹⁶. Lo notable del caso es la punta tan afilada por el lado metodológico que exhiben los trabajos en curso. Nuevamente, con prescindencia de estilo intelectual y tradición teórica, autores como el recién aludido o como Q. Skinner coinciden en remitir las percibidas dificultades en el trabajo teórico de los sociólogos al plano de la teoría general de la ciencia¹⁷. Y dentro del proteico dominio cubierto hoy por esta última disciplina, el interés central recae no tanto en tópicos técnicos nítidamente acotados cuanto en los *themata* más generales tales como el *approach* general a la realidad (temas epistemológicos), el análisis del sentido de la ciencia contemporánea y la valoración de la misma, las modalidades de su peculiar «dialéctica» con la práctica social (tecnológica *versus* crítica), el status del marxismo tanto en su dimensión cognoscitiva cuanto en su dimensión de inspirador de un programa político-social.

Ocuparse de la obra de K. R. Popper en el aludido contexto es tema

¹⁵ M. García Ferrando, *Sobre el método*. Madrid: CIS, 1979, p. 11. La caracterización de la crisis ofrecida por García Ferrando es del tenor siguiente: «Pasada la euforia de los años 40 y 50, durante los cuales el análisis funcional y empirismo lógico hicieron concebir esperanzas de que los estudios sociológicos podrían alcanzar grados similares de rigor predictivo y explicativo a los de las ciencias naturales, se ha alcanzado en la década de los 70 una situación de crisis permanente a la que en estos momentos no se ve salida alguna. Así, la concepción de lo que debe ser objeto y método del trabajo sociológico entre los etnometodólogos y los «positivistas», por ejemplo, es tan distinta que no puede resultar extraño que con frecuencia se cuestione la validez de que puedan llamarse sociológicas a ambos tipos de actividades intelectuales» (Ibidem).

¹⁶ Jeffrey C. Alexander, *Theoretical Logic in Sociology*. Volume One: *Positivism, Presuppositions and Current Controversies*. London: Routledge & Kegan Paul, 1982.

¹⁷ A pesar de la diversidad de enfoque, autores como Alexander o como Skinner (Q. Skinner, ed., *The Return of Grand Theory in the Human Sciences*. Cambridge: Cambridge University Press, 1985), coinciden en el diagnóstico de la situación, esto es, en la trascendencia atribuida a los problemas de método: «The relative poverty of theoretical discussion in sociology results from a distorted view of the scientific process, and, more particularly, of the relation between the social and natural sciences» (Alexander, op. cit., p. 36). Skinner, por su parte, señala que una de las modificaciones clave perceptible en la discusión actual en ciencias sociales «has been the widespread reaction against the assumption that the natural sciences offer an adequate or even a relevant model for the practice of the social disciplines» (op. cit., p. 6).

que tiene relevancia y sentido, por cuanto los *themata* surgidos en el forcejeo al que asiste desde hace unos años por encontrar materiales con los cuales construir una renovada orientación metódica tienen un tratamiento en la obra del teórico vienes que puede hacer avanzar la tarea un trecho nada minimizable. La reciente publicación del tríptico largamente anunciado bajo el título de *Postscript to the Logic of Scientific Discovery*, los artículos agrupados bajo el título genérico de *Auf der Suche nach einer besseren Welt*, y el material contenido en la larga entrevista con F. Kreuzer dada a la imprenta como *Offene Gesellschaft-offenes Universum*¹⁸, abonan y potencian la lectura de la obra de Popper como la de un *racionalista crítico*, y no como la de un positivista más o menos sofisticado. La unidad profunda de la obra de Popper, tanto desde un ángulo temático (entre su teoría general de la ciencia y su teoría de la ciencia social, entre su moral y su ética, y entre ambas y aquella) cuanto desde un enfoque cronológico de la misma (entre las obras del período «metodológico» y las del período «metafísico», para decirlo con Skolimowski)¹⁹, descansa en un *approach* al mundo de tipo racionalista crítico.

Afirmaciones como las hechas en el párrafo precedente resultan, sin duda, polémicas y aparecen necesitadas de justificación, por cuanto se ha hecho sólito presentar la obra popperiana sin solución de continuidad con la de los autores del *Wiener Kreis*. La consiguiente tarea interpretativa resulta inexcusable no sólo por razones internas atinentes a la complejidad alcanzada por un pensamiento máximamente productivo durante un lapso temporal de más de cinco décadas, sino también por razones todo lo adjetivas que se quiera, pero fuertemente condicionantes a la recepción positiva o negativa de la obra popperiana. Pues, en efecto, la etiqueta de «positivismo» ha pasado a ser hoy, a diferencia de lo ocurrido en los años sesenta, criticada, denunciada, no tanto por su función de legitimación del orden social existente, cuanto por su ingenuidad propiamente epistemológica, incapaz por tanto para orientar metódicamente cualquier disciplina medianamente desarrollada. Popper ha sido blanco frecuente de las dos críticas dichas, esto es, se le ha atribuido la autoría de una filosofía al servicio de la conservación del *statu quo* y, también, la postulación de una metodología positivista. Una consideración atenta de su obra evidencia lo apresurado de tales imputaciones. El pensamiento político-social de Popper se compadece bien con el espectro cultural-político en que se ubican la mayoría de individuos y grupos sociales de las sociedades de economía de mercado y régimen político democrático-representativo, esto es, entre el liberalismo y la socialdemocracia (como lo ilustran «datos» como la lectura canónica de la obra de Popper por B. Magee, o

¹⁸ Franz Kreuzer-Karl Popper, *Offene Gesellschaft-offenes Universum*. Wien: Franz Deuticke, 1983 (3).

¹⁹ H. Skolimowski, «Karl Popper and the Objectivity of Scientific Knowledge», en P. A. Schilpp, *The Philosophy of Karl Popper*. La Salle, Ill.: Open Court, 1974, vol. I, p. 485.

más expresivamente, la recepción de su pensamiento filosófico-social por el SPD, precisamente en el momento de fijar un renovado enfoque doctrinal tras el «ajuste de cuentas» con su padre fundador, Karl Marx). Y, por lo que al plano de la filosofía general y de la teoría de la ciencia se refiere, no es aventurado argüir que Karl Popper es clásico principal de la crítica de varios de los dogmas troncales de un positivismo, tan refinado por lo demás, como el representado por el *Wiener Kreis*.

II

La interpretación del corpus teórico popperiano ha sólido topar con un problema en cierto sentido previo: el de especificar la naturaleza de su proteica y plurar producción. Se trata, pues, de determinar el *género literario* al que adscribir con sentido lo obrado por el teórico vienés; quién, como se sabe, se ha venido ocupando a lo largo de su dilatada vida de objetos formales varios, que, desde una perspectiva de organización académica del conocimiento cabría nombrar así: teoría general de la ciencia, teoría de la ciencia social, filosofía moral y política, ética. Pero resulta dudoso que ese enfoque clasificatorio se haga cargo adecuadamente de la naturaleza de la cosa. Pues ocurre que, nada infrecuentemente, obras pertenecientes a uno de los renglones de la clasificación recién esbozada tengan en su base o estén recorridas por motivos o pasos argumentales pertenecientes a un renglón diverso. Su discurso exhibe una naturaleza más compleja, como corresponde a la vocación de un autor que ha trabajado largamente en ciertas zonas intersticiales a las varias disciplinas aludidas, con un grado de autoconsciencia admirable. Que puede darse muy económicamente en el paso siguiente: «we are not students of some subject matter, but students of problems. And problems may cut right across the borders of any subject matter or discipline»²⁰.

Las varias partes de la *opera* popperiana exhiben, pues, como característica más llamativa unas marcadas relaciones de compatibilidad y de coherencia entre ellas, y no sólo desde un punto de vista formal, sino también sustantivo: la interpenetración de las tesis básicas de unos dominios en los restantes ocurre frecuentemente. Ello confiere a Popper y a lo obrado por él un perfil bastante singular dentro del panorama de pensadores y producción teórica contemporáneos. No sólo porque suele ser relativamente infrecuente el caso de autores con el designio y la capacidad de moverse con soltura por entre objetos temáticos y formales varios, a veces muy alejados entre sí por razón de la organización académico-administrativa de los saberes —tal sucede con la reflexión metafilosófica sobre la ciencia natural y sobre la teoría política, por poner un ejemplo ati-

²⁰ K. R. Popper, «The Nature of Philosophical Problems and their Roots in Science», en *Conjectures and Refutations*. London: Routledge & Kegan Paul, 1976 (4), pp. 66-67.

nente al caso que nos ocupa—, sino también porque cuando nos topamos con personalidades de la cultura superior con producción en dos campos no vinculados académicamente, el caso paradigmático suele venir representado por el pensador escindido entre un extremado racionalismo ejercido en uno de los planos (en las horas de trabajo profesional, pongamos, en el laboratorio) y el ejercicio laxo, descuidado, a veces de orientación irracionalista e incluso mística, en el otro. O sin llegar a esos extremos, la deliberada esquizofrenia consistente en reservar el rigor formal y argumental para el plano profesional y permitirse un estilo discursivo que no aspira al trabajo del concepto, en el otro plano, por lo común ético y/o político²¹. Por ello, resulta notable la coherencia (que puede encontrarse reflejada ya en el propio estilo coincidente de obras como la *Logik der Forschung* y *The Open Society and Its Enemies*) de la contribución popperiana, entre su obra de intención propiamente teórica y su producción de motivación ético-política. Sin embargo, no es Popper pensador sistemático si por ello se entiende constructor de sistema filosófico alguno: nada más lejos del propósito de un autor que ha dedicado buena parte de su vida a fustigar teóricamente esos productos del pensamiento —las *Weltanschauungen*, las ideologías— que aspiran a ofrecer imágenes redondas (holistas) de la realidad, desde la ameba a las galaxias pasando por la historia de la humanidad. La coherencia aludida no es de tipo constructivo-sistemático.

Otro escollo de mucha envergadura ante el cual suelen naufragar autores poco críticos epistemológicamente con producción en dos planos, teórico uno, moral-político otro, es la incursión en la falacia naturalista, pretendiendo que existen relaciones de deductividad en sentido fuerte (lógico-formal) entre teoría y práctica, entre teoría y código ético-político, lo cual suele dar en mescolanzas que no resisten la crítica practicada con el instrumental servido por la metaciencia contemporánea. Pues bien, Popper ha logrado evitar satisfactoriamente el Escila de la «falacia naturalista» y, como habra ocasión de ver más abajo, el Caribdis que Jacobo Muñoz ha llamado «falacia logicista»²², la denegación de carácter racional a todo ámbito de pensamiento práctico (moral, político-social) no co-

²¹ El siguiente paso de Russell, por aducir un ejemplo particularmente digno, documenta muy bien la escisión dicha: «Por lo que se refiere a los *Principios de Reconstrucción Social* y en cierta medida también a mis restantes libros populares, los lectores filósofos, sabiendo que acostumbra a catalogarse como «filósofo», pueden desorientarse fácilmente. Pues no he escrito los *Principios de Reconstrucción Social* en mi calidad de «filósofo»; los he escrito como ser humano que sufre por el estado del mundo y siente el deseo de hablar con palabras sencillas a otros hombres que experimentan análogos sentimientos. Si nunca hubiera escrito libros técnicos, esto sería evidente para todo el mundo; pero para entender ese libro hay que olvidar mis actividades técnicas» (B. Russell, «Reply to Critics», en P. A. Schilpp, *The Philosophy of Bertrand Russell*, citado por M. Sacristán, «Russell y el socialismo», en A. J. Ayer, *Russell*. Barcelona: Grijalbo, 1972, que se ha ocupado del tema).

²² J. Muñoz, «Después de Wittgenstein», en J. Hartnack, *Wittgenstein y la filosofía contemporánea*. Barcelona: Ariel, 1972, p. 12.

honestable vía expedientes lógico-formales de tipo deductivo con teoría científica alguna.

La obra toda de Popper no cabe, pues, pensarla con sentido ni bajo la imagen de conjuntos disjuntos ni tampoco como conjuntos equivalentes, pues en cada uno de ellos hay ganancia teórica respecto a los otros, esto es, todos ellos cuentan con algunos distintos pobladores del «Mundo 3» (problemas, tesis, etc.). Resulta más apropiado poner en acto una estrategia indagadora orientada a sacar a la luz la peculiar *intersección* entre lo obrado por el autor austriaco en unos y otros planos. Quizás pueda avanzarse un trecho en el planteamiento del problema propuesto —la adscripción a un género de las varias obras de Popper—, señalando que el discurso popperiano es un discurso típicamente filosófico, y que es ahí en su filosofía sin adjetivos donde se encuentra la intersección entre unas y otras obras. Sólo que la referencia de «discurso típicamente filosófico», dista de ser, en la actualidad, unívoca, y exige, a su vez, aclaración.

III

Racionalismo crítico versus positivismo.

III. 1) La concepción popperiana de la filosofía

Un primer aspecto a retener para mejor captar la concepción de la filosofía tenida por Popper es su decidida vocación *práctica*: su deliberado propósito de contribuir como intelectual —*qua* filósofo— al avance del conocimiento científico, a la crítica de los prejuicios filosóficos presentes en la filosofía mundana, y a favorecer el progreso moral de las sociedades de nuestro tiempo. En Popper se encuentran abundantes pasos que documentan una verdadera obsesión por engranar con fenómenos y problemas externos al filosofar característicamente académico, empezando por hacerse cargo, a la vez como presupuesto y como objeto de su filosofar, de los problemas puestos por la filosofía mundana o del sentido común. Y prolongándose a algunas cuestiones suscitadas por el conocimiento científico, entendido éste no como conocimiento cristalizado en teorías formalizadas axiomáticamente, sino por la dinámica y el cambio científico. es decir, por la investigación científica. El resultado de ese enfoque consistente en *partir de y volver a* los problemas puestos por la actividad científica y la vida de las gentes de sociedades abiertas es un discurso no encapsulado o endógeno al gremio de filósofos profesionales. Su *grupo de referencia* no viene constituido por ese subconjunto de profesionales de la cultura superior.

Consecuencias de esa decisión básica por un filosofar *abierto*, puesto en conexión dinámica con un «mundo» poblado por referentes extrafilosóficos, son su crítica de aquella (s) concepción (es) dominante (s) con que

tuvo que habérselas en la fase en que nació a la vida intelectual activa, a saber, la concepción de la filosofía de los positivistas lógicos y la sostenida por los filósofos del lenguaje ordinario. Y también su propuesta de un esquema capaz de obviar el encapsulamiento académico de la disciplina, postulando un sugerente e ilustrado modelo de relaciones entre «filosofía mundana» (o de sentido común) y «filosofía académica» (o crítica). Con ello el autor austriaco no ha hecho sino trabajar y perfilar un modelo presente de alguna forma en el contexto vienés de su juventud. Pues, en efecto, como han señalado Toulmin y Janik, «en la Viena de Wittgenstein [que era también la Viena de Popper] toda persona instruida discutía sobre filosofía y consideraba que las conclusiones centrales del pensamiento kantiano se ajustaban precisamente a sus propios intereses, ya fuesen artísticos o científicos, ya legales o políticos. Lejos de ser la ocupación especializada de una disciplina autónoma y autosuficiente, la filosofía tenía para ellos múltiples facetas y estaba interrelacionada con todos los otros aspectos de la cultura contemporánea»²³.

Popper trabajará esa preconcepción disuelta en la subcultura superior de la Viena de las primeras décadas de esta centuria hasta dar des sí las tesis siguientes. En primer lugar, la postulación de que, en algún sentido de la expresión, «todos los hombres son filósofos». Frente a autores de tradición positivista y analítica, académica en todo caso, como Fritz Waismann, y muchos de sus colegas, todos los cuales «halten es für ausgemacht, dass Philosophen eine besondere Art von Menschen sind und dass man die Philosophie als ihre besondere Angelegenheit betrachten muss»²⁴, Popper declara enfáticamente sus convicciones básicas sobre el asunto: «Ich sehe die Philosophie völlig anders. Ich glaube, dass alle Menschen Philosophen sind, wenn auch manche mehr als andere. Ich stimme natürlich zu, dass es so etwas wie eine besondere und exklusive Gruppe von akademischen Philosophen gibt, aber ich teile keineswegs Waismanns Begeisterung für die Tätigkeit und die Ansichten dieser Philosophen»²⁵. En segundo lugar, la indicación de que la legitimidad de la filosofía profesional tiene precisamente una de sus fuentes en la conexión crítica con el filosofar no-profesional.

La estrategia seguida por Karl Popper en un primer acercamiento a la caracterización del sentido y del objeto del filosofar académico semeja una rutina cuyos pasos o «diagrama de flujo» verbalizado sería el siguiente:

1) Identificar algunos problemas puestos por las acriticas concepciones soportadas por el sentido común, explicitando eventualmente su pro-

²³ S. Toulmin y A. Janik, *La Viena de Wittgenstein*. Madrid: Taurus, 1974, p. 30.

²⁴ K. R. Popper, «Wie ich die Philosophie sehe», en *Auf der suche nach einer besseren Welt*. München: Piper, 1984, p. 193.

²⁵ *Ibidem*, p. 194.

longación desde o hasta las correspondientes tesis u orientaciones homólogas de la filosofía académica o profesional.

2) Someterlos a crítica, deduciendo ciertas consecuencias no-queridas y no-previstas.

3) Proponer un nuevo y genuino problema capaz de dar de sí filosofemas que impliquen un avance en el conocimiento del mundo y/o un progreso moral o político de las sociedades abiertas.

Karl Popper ha ofrecido en algunas de sus obras centrales, así como en varios de sus trabajos menores, tres ejemplos de filosofías acríicas que exigen un escrutinio crítico por parte de la filosofía profesional. Ya la mera elección de los mismo corrobora la tesis dicha acerca del carácter abierto —y, en particular, la orientación «mundana»— del filosofar de Popper, en tanto que en su tratamiento se exhibe el talante crítico ilustrado, o si se quiere, el racionalismo crítico, de su autor. Por lo demás, la recurrencia de los aludidos «ejemplos», así como la relevante posición ocupada por los mismos como objeto de crítica en la producción popperiana, sugieren que no son sólo ejemplos cualesquiera, sino, más precisamente, modelos que satisfacen eminentemente la concepción popperiana acerca de la filosofía y el rol del filósofo profesional en las «sociedades abiertas» del presente. Merece la pena, por tanto, aducirlos a continuación, máxime si se tiene en cuenta que los tres remueven tópicos de mucho calado en las ciencias sociales.

El primero de los aludidos prejuicios ha sido llamado por Popper «teoría conspirativa de la sociedad (y del mundo)», cuyo núcleo puede hacerse remontar a los poemas homéricos y posteriormente al pensamiento cristiano. El tenor literal de su presentación por Popper es como sigue: «irgend jemand müsse verantwortlich sein, wenn etwas Böses (oder etwas äusserst Unerwünschtes) in dieser Welt geschieht: Jemand muss es getan haben, und zwar absichtlich»²⁶. El lugar de esa acríica concepción del curso de las cosas debería ser ocupado, en opinión de Popper, por la tesis procedente de la filosofía crítica y de las ciencias sociales (particularmente de la Sociología) acerca de las *consecuencias no intencionadas y no previstas de la acción humana*. Precisamente Popper ha sugerido que un objetivo central de la Sociología debe ser la explicación de las «consecuencias sociales no deseadas y a menudo indeseables de la conducta humana»²⁷.

Una segunda línea presente en la filosofía acríica de nuestro tiempo es la proclamación de que toda opinión es función lineal simple del interés de quien la suscribe, lo cual acarrea como consecuencia la cancelación de toda posibilidad de discusión racional: «What is so bad about this kind of philosophy is that its acceptance makes serious discussion impos-

²⁶ *Ibíd.*, p. 202.

²⁷ K. R. Popper, «La lógica de las ciencias sociales», en T. W. Adorno et alii, *La disputa del positivismo en la sociología alemana*. Barcelona: Grijalbo, 1972, p. 116.

sible. And it leads to a deterioration of interest in finding out the truth about things. For in place of the problema: «What is the truth about this matter?», people merely ask: «What are your motives?» And this is obviously a question of little significance»²⁸. Significativo de las interrelaciones entre filosofías de factura académica y filosofías de sentido común es, en cambio, el hecho de que este segundo ejemplo propuesto por Popper no sólo esté disuelto en el sentido común, sino que haya penetrado ciertas orientaciones teóricas, señaladamente algunas líneas dentro de la Sociología del Conocimiento, además de la mayor parte de las corrientes de matriz marxista (la conocida obra de G. Lukács, *Die Zerstörung der Vernunft*, es ejemplo particularmente expresivo de ello). Popper ha mostrado convincentemente en toda su obra que la génesis (incluyendo aquí los motivos, pero también otros factores económicos, políticos, religiosos, etc) de una proposición es cosa bien distinta de cuál sea su valor de verdad, que ha de resultar, por tanto, objeto de indagación específica y más importante, y ha criticado la falacia consistente en postular la existencia de conexiones tan fuertes (deductivas) entre ambos planos (génesis y opinión o teoría) tal que conocido uno de ellos, asido el otro (El locus central de la crítica popperiana a esta tesis se tiene en el volumen II de *The Open Society and Its Enemies*, en particular en el cap. 23).

A pesar de no venir referido expresamente a los cambios experimentados en el campo de la teoría de la ciencia tras la aparición de la obra de T. S. Kuhn, es plausible conjeturar que el relativismo que, partiendo de motivos técnicos (como, por ejemplo, la «inconmensurabilidad» entre teorías rivales y la incapacidad para decidir racionalmente entre ellas), se ha extendido a un conjunto bastante nutrido de cultivadores de esa disciplina, ha debido pesar en Popper a la hora de alzaprimar la crítica del tercer ejemplo de filosofía absorbida por el sentido común. La tesis impugnada por Popper reza así: «eine rationale Diskussion sei nur zwischen denen möglich, die im Grundsätzlichen übereinstimmen. Diese verderbliche Lehre besagt, dass eine rationale oder kritische Diskussion über Grundlagen unmöglich ist». Abona la suposición de que lo que Popper ha tenido aquí a la vista ha sido sobre todo un motivo técnico de filosofía de la ciencia, concretamente el desafío lanzado a su obra por Kuhn, el dato de que en el texto alemán «Wie ich die Philosophie sehe», precisamente al finalizar el paso recién aducido figure una referencia a pie de página que reza así: «Siehe auch meinen Artikel 'The Muyth of Framework', en *The Abdication of Philosophy*»²⁹, mito al que ya se había referido críticamente en el Coloquio Internacional de Filosofía de la Ciencia celebrado en Londres en 1965 en que se dió la confrontación entre las visiones popperiana y kuhneana de la actividad científica. El tenor de la po-

²⁸ K. R. Popper, «Conversation with K. Popper», en B. Magee, *Modern British Philosophy*. London: Secker & Warburg, 1971, p. 68.

²⁹ K. R. Popper, «Wie ich die Philosophie sehe», ed. cit., p. 204.

sición de Popper es bien conocido: mientras que Kuhn cree posible la discusión racional a propósito de paradigmas científicos en competencia si y sólo si ambos comparten ciertos puntos fundamentales, esto es un «marco general común», Popper considera que tal tesis es un mito, precisamente «the Myth of the Framework». Popper, como se sabe, no ha sido capaz de desarrollar un esquema alternativo a la clausura que, desde un punto de vista semántico, pudiera darse entre paradigmas o teorías en conflicto, pero sí que ha señalado una vía susceptible de ser transitada. El paso que sigue la describe: «siempre es posible una discusión crítica y una comparación de los varios marcos generales. No es sino un dogma —un peligroso dogma— el que los distintos marcos generales sean como lenguajes mutuamente intraducibles. El hecho es que incluso lenguajes totalmente diferentes (como el inglés y el hopi, o el chino) no son intraducibles, y que hay muchos hopis o chinos que dominan el inglés»³⁰. Sólo que superar la mutua intraducibilidad que, desde una óptica estrictamente semántica, pudiera generarse, parece exigir, como ha señalado entre nosotros J. Muguerza³¹, el desplazamiento a un prisma pragmático, en el sentido de Morris. Interesa dejar constancia aquí de que la aludida problemática ocurre no sólo —ni seguramente de forma principal— en el plano de la teoría de la ciencia. En efecto, en el terreno de las morales vividas y en el de las opciones políticas, se presentan con frecuencia dificultades nada minimizables para hacer progresar la discusión y el acercamiento en términos nudamente racionales, como habrá ocasión de ver más abajo. (Victor Pérez Díaz ha detectado alguna de esas zonas-límite en la comunicación recogida en este mismo número de TEOREMA). Baste señalar ahora que la efectiva resolución pacífica de desacuerdos morales, a un tiempo básicos e inevitables, exige un plus respecto a la argumentación (canónicamente) racional por parte de los actores sociales implicados, sin que ello suponga cancelación de los *patterns* discursivos racionales propugnados por Popper y por otros exponentes del *Kritischer Rationalismus*, y menos la inaccesibilidad o refractariedad de esas zonas de desacuerdo a la adopción de decisiones motivadas, al «aducir razones» típico del decisionismo crítico elaborado por Hans Albert³².

Con esos presupuestos nada tiene de extraño que un segundo momento en la determinación de su visión de la filosofía haya consistido en criticar aquellas concepciones del filosofar internas a la academia incapaces de hacerse cargo satisfactoriamente de las relaciones entre «filosofía

³⁰ K. R. Popper, «La ciencia normal y sus peligros», en Lakatos-Musgrave, *La crítica y el desarrollo del conocimiento*. Barcelona: Grijalbo, 1975, p. 155.

³¹ J. Muguerza, «Nuevas perspectivas en la filosofía contemporánea de la ciencia», en *Teorema*, 3 (1971), p. 47; y «La teoría de las revoluciones científicas», en Lakatos-Musgrave, op. cit., p. 27.

³² Cfr. H. Albert, «Ética y Metaética». Valencia: Teorema, 1978; y *Traktat über kritische Vernunft*. Tübingen: J. C. B. Mohr, 1975 (3), en particular su capítulo tercero (*Erkenntnis und Entscheidung*).

crítica» (profesional) y «filosofía acrítica» (mundana). Puede convenirse rápidamente en que las tesis constructivas definitivas de la visión popperiana del filosofar tienen como referencia crítica central las tesis debidas a otro austriaco de extraordinario relieve, Ludwig Wittgenstein, y ello en las dos contrapuesta etapas de su pensamiento.

Karl Popper rechazaría bastante tempranamente (ya en la época de preparación de la *Logik der Forschung*) el programa antimetafísico puesto en obra por el Círculo de Viena, que acabaría dando en un programa antifilosófico, insuscribible para Popper por cuanto se le antojaba una automutilación de signo pesimista que rompía con la tradición racionalista, desde la que un granado número de pensadores había contribuido *qua* filósofos al progreso de nuestro conocimiento. Popper recusó tanto la concepción de la filosofía del empirismo lógico como la de la filosofía lingüística: tanto la tesis fuerte de que no existen problemas filosóficos genuinos, sino tan sólo apariencia de éstos, es decir, pseudoproblemas originados bien por las deficiencias del lenguaje común, bien por los usos de ese mismo lenguaje erróneamente comprendidos, como la tesis debilitada de que los únicos problemas con que tiene que habérselas la filosofía son problemas relativos al uso lingüístico o al sentido, ambas fueron vigorosamente criticadas desde la década de los 30 y han permanecido como motivo crítico de toda la producción popperiana. Quién, como se sabe, ha tenido que hacer frente a lo largo de su octogenaria existencia a un *Umwelt* filosófico relativamente extraño o, cuando menos, excéntrico a sus convicciones básicas, dominado primero por las concepciones positivistas y poco después por la filosofía del lenguaje ordinario³³.

En el «Prólogo» antepuesto a la primera edición de la *Logik der Forschung* (1934) Popper dejó constancia expresa de su convicción —contraria a la hegemónica entonces— de que sí existían problemas filosóficos genuinos y serios³⁴. Esa básica posición sería reafirmada por su autor veinticuatro años después, en lengua inglesa y ante un grupo de referencia integrado por analistas del lenguaje común³⁵. Y, en «Wie ich die Philosophie sehe» (1972) basó la legitimidad de la filosofía académica precisamente en «el hecho de la existencia de problemas filosóficos urgentes y serios, y en la necesidad de discutirlos críticamente»³⁶. El problema central por referencia al cual «ciencia» y «filosofía» encuentran su sentido es la milenaria investigación cosmológica: «I (...) believe that there is at least one philosophical problem in which all thinking men are interested. It is the problem of cosmology: the problem of understanding the world —including ourselves, and our knowledge, as part of the world. All science is cos-

³³ Cfr. B. Magee, *Popper*. London: Woburn Press, 1974, p. 11.

³⁴ Cfr. K. R. Popper, *Logik der Forschung*. Tübingen: J. C. B. Mohr, 1976 (6), p. XXIII.

³⁵ Cfr. Popper, «Preface to the first English Edition» (1959), a *The Logic of Scientific Discovery*. London: Hutchinson, 1976 (6).

³⁶ Popper, «Wie ich die Philosophie sehe», ed. cit., p. 198.

mology, I believe, and for me the interest of philosophy, no less than of science, lies solely in the contributions which it has made to it»³⁷.

Declarada la convicción acerca de la existencia de problemas filosóficos y señalando su objeto fundamental, Popper ha ofrecido tesis —referidas críticamente a los «analíticos—» acerca del método para la resolución, el objetivo del filosofar profesional y, finalmente, las raíces de los problemas filosóficos en contextos «externos» —señaladamente, políticos y científicos. El tenor literal de su posición es bien conocido, por lo que aquí nos limitaremos a darlo sumariamente.

Frente a la afirmación de que sólo cabe un método para el tratamiento de los problemas filosóficos (en rigor, para la disolución de los embrollos causados por la malinterpretación de nuestro lenguaje), a saber, la indagación del significado vía análisis de los usos lingüísticos, Popper ha propugnado el pluralismo metódico: «Philosopher are as free as others to use any method in searching for truth. There is no method peculiar to philosophy»³⁸. Sólo puede encontrarse un invariante en la metódica de la filosofía, a saber, el elemento criticista, esto es, la enunciación clara y precisa de los problemas que se están trabajando y el escrutinio crítico de las diversas soluciones propuestas. Sólo que esa característica no es privativa de la filosofía, sino que más bien es el común denominador de toda «discusión racional», por tanto, eminentemente de la ciencia. Interesa notar que en el citado *Prefacio* de 1959 aparece explicitada la ecuación, definidora de su entero pensamiento, de «discusión racional» = «método crítico», siendo paso central de este último el intento de refutar deliberadamente nuestras propias propuestas. En la aclaración y formulación nítida de nuestros problemas pueden desempeñar, desde luego, un papel destacado el análisis lógico y el análisis lingüístico: el propio Popper recurrirá de continuo al instrumental lógico para explicar la problemática de la investigación científica, y también en su formulación de problemas filosófico-sociales. Karl Popper tuvo que tener a la vista, en la época de elaboración de su *Logik*, los impresionantes resultados obtenidos por Russell en la disolución de «paradojas lógicas» derivadas de formulaciones laxas de la indistinción de niveles de lenguaje («lenguaje-objeto» y «meta-lenguaje»). La crítica de Popper apuntó exclusivamente a la falacia consistente en generalizar el carácter de esos problemas y de las rutinas procedimentales para su disolución, que ocurrían ambos en un limitado subconjunto, al entero dominio de la filosofía.

El enfoque doctrinal popperiano acerca de la irrelevancia del trabajo intelectual (filosófico o científico, considerados meras modalidades de aquél) con las palabras y sus significados puede darse muy económicamente aduciendo el paso que sigue: «Never let yourself be goaded into taking seriously problems about words and their meanings. What must be

³⁷ Popper, *The Logic of Scientific Discovery*, ed. cit., p. 15.

³⁸ *Ibidem*.

taken seriously are questions of fact, and assertions about facts: theories and hypotheses, the problems they solve and the problems they raise»³⁹. Implicación central de ese enfoque —cuya formulación resulta, desde luego, un tanto ruda—, por lo que se refiere al objetivo de la filosofía profesional, es demarcar claramente el propósito de «analizar significados» del de «buscar verdades interesantes e importantes», alzaprimando el segundo. Consiguientemente, ni la precisión, ni la certeza —aspectos vinculados habitualmente al primero de los propósitos mencionados— constituyen desiderata en sí mismos para trabajo teórico alguno. La búsqueda de certeza es un despropósito, basado en una errónea concepción epistemológica, esto es, acerca de qué sea «conocimiento»: Erkenntnis ist Wahrheitssuche —die Suche nach objektiv wahren, erklärenden Theorien. Sie ist nicht die Suche nach Gewissheit. Irren ist menschlich: Alle menschliche Erkenntnis ist fehlbar und daher ungewiss. Daraus folgt, dass wir Wahrheit und Gewissheit scharf unterscheiden müssen»⁴⁰. Mientras que la búsqueda de certeza es un imposible que, por lo mismo, debe ser desechado, la «precisión» o exactitud puede revestir cierta importancia, a condición de que se la considere como un valor subordinado a un fin distinto, e instrumental respecto a éste. Esa finalidad no es otra que el incremento de la contrastabilidad requerida por el problema que se tenga⁴¹. Quizás el ejemplo más significativo de cuál sea la estrategia más potente para incrementar la precisión se tenga en el trabajo científico, donde el proceso de exclusión de denotaciones borrosas y de connotaciones múltiples indeseadas, se logra, típicamente, mediante el trabajo de los conceptos hasta hacer de ellos meros portadores de relaciones cuantitativas o métricas.

Quedó dicho más arriba que, a tenor de la visión de Popper, ciencia y filosofía comparten un problema básico, el del conocimiento, más precisamente el del aumento del conocimiento. Ocurre que esta problemática ha sido tradicionalmente abordada desde dos lados distintos: desde el ángulo del conocimiento «ordinario» y desde el ángulo del conocimiento en sentido fuerte, o conocimiento «científico». Componente esencial de la autopercepción tenida por Popper desde la etapa de la *Logik*, ha sido verse, a un tiempo, como un «realista de sentido común» y como un crítico de la teoría del conocimiento del sentido común⁴². La requisitoria principal hecha a la epistemología basada en el «sentido común» es su desafortunado optimismo que le lleva a identificar «conocimiento» con «certeza» y, por contra, a rechazar el saber conjetural del ámbito del conocimiento. Con todo, la crítica de Popper va dirigida contra aquella orientación fi-

³⁹ Popper, «Autobiography», en P. A. Schilpp, *The Philosophy of Karl Popper*. La Salle, Ill.: Open Court, 1974, t. I, p. 12

⁴⁰ Popper, «Erkenntnis und Gestaltung der Wirklichkeit», en *Auf der Suche...*, ed. cit., p. 12.

⁴¹ Popper, «Autobiography», ed. cit., p. 17.

⁴² Popper, «Wie ich die Philosophie sehe», ed. cit., p. 205.

losófica que, además de tomar a la filosofía del sentido común como objeto formal privilegiado para el análisis del conocimiento sin adjetivos (basándose en la supuesta mayor accesibilidad de aquél respecto al conocimiento científico), lo hace desde una perspectiva meramente lingüística. Consiguientemente, quienes suscriben esa concepción «replaces the analysis of vision or perception or knowledge or belief by the analysis of the phrases 'I see' or 'I perceive', or 'I know', 'I believe', 'I hold that it is probable'; or perhaps by that of the word 'perhaps'»⁴³. Pero desde tal perspectiva resulta un imposible aprehender la peculiar dinámica de la ciencia que, desde su constitución, se contradistingue de la filosofía tradicional, de las religiones, la magia, el mito, las ideologías, o de cualesquiera otras conceptualizaciones, por su efectivo progreso, esto es, por el dato de que sigue una línea de avance que redundará en modelos del mundo natural y social cada vez más pregnantes. Precisamente, el «aumento» del conocimiento debe ser objeto privilegiado de la epistemología, tomando como base para su explicación el «dato» del conocimiento científico de nuestro tiempo. Un último apunte, acerca de la concepción popperiana de las relaciones entre «filosofía» y «ciencia».

Se dijo anteriormente que, para Popper las raíces del filosofar profesional no residen en filosofemas, sino en problemas externos. Precisamente la debilidad patente en algunas escuelas filosóficas «is the consequence of the mistaken belief that one can philosophize without having been compelled to philosophize by problems which arise outside philosophy—in mathematics, for example, or in cosmology, or in politics, or in religion, or in social life. In other my first thesis is this. Genuine philosophical problems are always rooted in urgent problems outside philosophy, and they die if these roots decay»⁴⁴. El motivo aquí suscitado por Popper no es pequeño. Pues, en efecto, desde que con el hegelianismo tomó carta de naturaleza una vigorosa tendencia a «filosofar de espaldas a la ciencia», llegando incluso a albergar pretensiones hegemónicas respecto a ésta, se ha formalizado una suerte de «gap» entre ciencia y filosofía, del que han hecho motivo más o menos central de su discurso algunas corrientes subjetivas, señaladamente el existencialismo en sus variantes heideggeriana y sartriana. Por contra, *el racionalismo criticista sustentado por el pensador austriaco ha tenido bastante tempranamente como uno de sus parámetros la aspiración a coherencia filosofía y práctica social*, haciéndose cargo señaladamente de problemas de la ciencia natural, y de la política y las morales de esta centuria.

⁴³ Popper, *The Logic...*, ed. cit., p. 18.

⁴⁴ Popper, «The Nature of Philosophical Problems and their Roots in Science», en *Conjectures and Refutations*, ed. cit., pp. 71-72.

III. 2) Sentido del racionalismo crítico

Expuesta la concepción popperiana de la «filosofía», que opera como marco más exterior en el que ocurren sus otras concepciones más específicas, procede determinar su orientación racionalista crítica. Orientación que será precisa ulteriormente en el contexto del tratamiento de los otros dos tópicos que figuran en el título del presente artículo: la caracterización de la ciencia (más específicamente, la valoración de su sentido y efectos sobre la vida social) y el escrutinio crítico del marxismo, esto es, al hilo del tratamiento de dos *themata* que están condicionando, metódica y sustantivamente, la reorientación del trabajo científico-social a que se aludió en el primer párrafo.

Quizás el rasgo más sobresaliente de la filosofía popperiana resida en el peculiar *anudamiento* entre «teoría de la ciencia», «teoría del conocimiento», «ontología» y *approach* «racionalista crítico». En efecto, Popper hace descansar su *teoría de la ciencia* en una original *epistemología*, encontrándose rodeadas ambas por una *metafísica* (la concepción evolucionaria-darwiniana) y un ángulo de visión de la realidad conocido en Alemania y en Austria como *racionalismo crítico*, que incluye no sólo un conjunto de *principios doctrinales y teóricos*, sino también una serie de *creencias* (con sus correspondientes valores y actitudes), hasta llegar a dar de sí o desembocar muy naturalmente en una suerte de «*forma de vida*» (*Lebensform*), para decirlo con la feliz expresión de H. Spinner, quien ha subrayado el carácter omniabarcante del falibilismo y del pluralismo popperiano: «*der fallibilistische Kritizismus ist (...) die Konzeption einer Lebensform, die für alle Sektoren des menschlichen Lebens relevant ist, in denen kritische Erkenntnis und rationale Argumentation eine Rolle spielt (oder doch spielen könnte). Diese Pluralismuskonzeption umfasst also potentiell alle Lebensbereiche*»⁴⁵.

Pues bien, los rasgos esenciales de la epistemología y de la teoría de la ciencia construidas por Popper pueden sintetizarse así: 1) *falibilismo* versus *inductivismo* (y, en general, los modelos de fundamentación del conocimiento científico); 2) *objetivismo* versus *subjetivismo* (el conocimiento científico como búsqueda de la «verdad objetiva» versus la ciencia concebida como conjunto de creencias subjetivas consensuadas); y 3) *racionalismo crítico* versus *ciencismo y/o escepticismo*. Es precisamente este tercer parámetro el que nos interesa aquí. Los otros dos serán aludidos en el marco del tratamiento de este tema.

Lo más notorio del criticismo racionalista popperiano es que desborda con mucho el contexto del hacer científico —de la investigación científica—, constituyéndose más bien como actitud general o *approach* ante la vida sin adjetivos, de la cual la vida científica es sólo fragmento, re-

⁴⁵ H. Spinner, *Pluralismus als Erkenntnismodell*. Frankfurt: Suhrkamp, 1974, p. 104.

sultando, por lo demás, de la mayor relevancia y trascendencia su puesta en obra en la acción política y en la conducta éticamente orientada. Analistas de la obra de Popper, como H. Spinner y E. Ströker, han apuntado esas *dos dimensiones* —entre las cuales median relaciones de realimentación— del racionalismo popperiano. El primero de ellos ha creído ver una transición en la filosofía de Karl Popper desde una posición de «criticismo falibilista», puramente atinente al plano de la teoría de la ciencia, que habría tenido su principal expresión en la *Logik der Forschung* (1934), a una posición para la que, en rigor, habría que reservar la expresión «racionalismo crítico», consistente en una filosofía del conocimiento y de la sociedad, llegando a dar de sí una concepción totalizadora del conocimiento y de la acción humana, y que habría cristalizado ya en *Conjectures and Refutations* (1963)⁴⁶. La profesora de Köln corrobora, por su parte, la existencia de un concepto restringido (propio de la teoría de la ciencia) y uno ampliado de «racionalismo crítico» en Popper: «Como actitud general, la racionalidad crítica no queda sometida a las normas metódicas de los científicos, necesarias para el desarrollo de su labor específica; con la racionalidad crítica se piensa más bien en una actitud o postura general. Debe ser obligatoria para todos los ámbitos del conocimiento, pero también debe determinar las acciones extracientíficas que se basan en el conocimiento. Popper postula aquí la racionalidad crítica como norma universal de nuestra praxis vital»⁴⁷.

Aún suscribiendo el juicio de Spinner y Ströker relativo al carácter omniabarcante del racionalismo crítico, resulta disputable su presentación bien como transición de una a otra filosofía (la imagen empleada por Spinner es la de las dos filosofías de Wittgenstein), bien como ensanchamiento o proyección de principios forjados en el dominio de la teoría de la ciencia, a un dominio más comprehensivo —el de la concepción del mundo. Pues, por una parte, puede documentarse la existencia de continuidad entre componentes centrales del primer racionalismo, cristalizado, desde luego, a propósito de la discusión de la lógica de la investigación científica, y el racionalismo de vuelos más generales, que, por lo demás, no toma forma primariamente en *Conjectures* sino en *The Open Society* y en varias conferencias de los años 48, 49 y 51, posteriormente recogidas en esa obra del 63. Pero es que, además, la imagen de la generalización de algunos resultados del contexto de filosofía de la ciencia al de la acción humana en general, olvida que no más tarde de 1958, es decir, de la fecha de aparición de *The Logic of Scientific Discovery* y de la redacción primera del *Postscript*, la idea del racionalismo crítico trabajada en el marco de filosofía social y política de *The Open Society* re-accionará sobre la propia presentación de puntos cruciales de la metodología de la

⁴⁶ Ibidem, p. 204.

⁴⁷ E. Ströker, «La idea de Popper del Racionalismo Crítico», en *Teorema*, vol. XV, 1-2 (1985), p. 240.

ciencia, como documentan las abundantes y cruciales notas puestas por su autor a la versión inglesa de la *Logik*.

Implicado por ese enfoque distorsionado de la cosa está también un malentendimiento de la *génesis* del pensamiento de Popper. En cuya base hubo *antes* preocupación de carácter *moral* que ocupación con tópicos, por centrales que fuesen, de teoría de la *ciencia*, preocupación que influiría significativamente en la Gestalt popperiana de la propia ciencia. Victor Pérez Díaz ha señalado que resulta una hipótesis plausible «suponer que un sentimiento de desorientación política y existencial ante las circunstancias históricas no fue extraño a la posición epistemológica de Popper, como no lo fue a su posición política»⁴⁸. Esas raíces más profundas fundarían una *actitud homogénea* ante los problemas científicos y los problemas morales, ante la problemática de la metódica científica y la de la acción política y moral racionalmente implementada.

III. 3) El contexto de descubrimiento de la obra popperiana

Quizás la mejor forma de aprehender la orientación general de la obra de Popper, sea atender al «contexto de descubrimiento» o marco heurístico en que ocurrieron sus elaboraciones y formulaciones primeras. Documentar este punto tiene importancia a propósito de un autor como Karl Popper porque, concordemente con lo dicho más arriba acerca del carácter práctico de su filosofar, ha dado muestras de sensibilidad acerca de problemas de la ciencia efectivamente existente y de problemas morales de su época, bastante por encima de la que acostumbra a ser común en la compartimentada cultura superior contemporánea. El propio Popper ha atribuido tal importancia a los problemas que, oficiando como moción básica de su quehacer intelectual, están en la base de la *Logik der Forschung*, que ha creído necesario dejar reiterada constancia de los mismos: no sólo en su «Autobiography», sino también en «Science: Conjectures and Refutations», en el largo diálogo con F. Kreuzer, y en varios pasos de sus obras mayores, se encuentran observaciones varias acerca de la atmósfera intelectual (teórica y moral) en la cual forjó su concepción de la ciencia y de la sociedad.

La clave de la génesis del pensamiento de Popper reside en una peculiar intersección o anudamiento de fenómenos socio-políticos y realizaciones científicas. Y ello en un preciso momento histórico: Centroeuropa —y, más concretamente Viena— en torno a 1919.

Existen suficientes indicaciones del propio Popper como para poder afirmar que en su proceso de desarrollo intelectual pesaron más, inicialmente al menos, los motivos de carácter *moral-práctico* (más que éticos

⁴⁸ V. Pérez Díaz, *Introducción a la Sociología*. Madrid: Alianza Editorial, 1980, p. 115.

en sentido estricto) que los propiamente teórico-científicos. Preocupación por los problemas morales que en lo sucesivo no abandonaría, existiendo declaraciones bastante sonoras, como la de un conocido paso de *Open Society*, en las que su apreciación por el mundo de las exigencias morales resulta ser incluso superior al mundo de la ciencia: «Man has created new worlds —of language, of music, of poetry, of science; and the most important of these is the world of the moral demands, for equality, for freedom, and for helping the weak»⁴⁹. Lo que, en todo caso, resulta escasamente disputable es que el Popper adolescente, al igual que la mayoría de los jóvenes austriacos de su generación, tuvo que habérselas con cruciales problemas y opciones político-morales en un marco sociohistórico en el que se daban a un tiempo el *crack* del Imperio Austriaco y el nacimiento de un nuevo orden político-social dirigido por la socialdemocracia. Sus estudios primeros estaban polarizados del lado de esas materias: «We studied —ha dejado dicho Popper en *Unended Quest* not for a career but for the sake of studying. We studied; and we discussed politics»⁵⁰.

Bryan Magie ha escrito, siguiendo a Popper, que la Viena de la juventud de éste era un lugar apasionante para un joven, afirmación que, cuando menos, cabe calificar de ligera. Pues, en ese corto espacio de tiempo se opera la entera disolución del Imperio Austriaco, cuyos habitantes, a más de formar un complejo mosaico de nacionalidades, lenguas, tradiciones culturales y políticas, etc., tenían que hacer frente a una coyuntura de sucesivas redefiniciones de fronteras, con las consiguientes anexiones y cesiones territoriales, al cambio de las fuerzas políticas dirigentes y a las demás secuelas de la primera gran guerra, entre las cuales el problema del hambre no era el menor. El joven Popper ha vivido y/o recibido los ecos de la marea de sentimiento antibelicista y, sobre todo, la aspiración de independencia nacional que conmueve a Centroeuropa tras las dos revoluciones rusas de 1917; las grandes huelgas en Austria —y, en particular, en Viena— de enero de 1918, paralelamente a la negociación de paz de Brest-Litowsk, en demanda de paz, pan y condiciones de trabajo menos opresivas⁵¹, y también el movimiento insurreccional de cuarenta barcos de la flota austriaca en la Bahía de Cattaro, la desintegración de Austria-Hungría, la abdicación del emperador, la proclamación de la República democrática austro-alemana, el reconocimiento por parte aliada de las pretensiones checoslovacas sobre Bohemia y Moravia (distritos esencialmente alemanes), la extensión de Austria hacia el Este a costa de Hungría, y la fijación definitiva de las fronteras. El resultado de todo ese proceso ha sido descrito admirablemente por Cole en un paso que merece ser dado in extenso: «Austria se convirtió en un pequeño Estado de cerca

⁴⁹ Popper, *The Open Society and Its Enemies*. London: Routledge & Kegan Paul, 1975 (5), vol. I, p. 65.

⁵⁰ Popper, *Unended Quest*. Glasgow: Fontana Collins, 1978, p. 32.

⁵¹ G. D. H. Cole, *Comunismo y Socialdemocracia (1914-1931)*. México: FCE, 1964, p. 203.

de 6 millones y medio de personas, de las cuales cerca de 2 millones vivían en Viena y sus alrededores inmediatos. Viena, que había sido la capital de un imperio de más de 50 millones de habitantes, se vio convertida de pronto en el centro superpoblado de un pequeño Estado, principalmente agrícola, rodeado de otros estados que pronto se dedicaron a elevar los aranceles sobre sus exportaciones y a sustituir los servicios civil, bancario y comercial imperiales de la antigua capital con nuevos servicios nacionales bajo su control exclusivo. Económicamente, la nueva Austria era un centro incapaz de funcionar; y estaba sujeta también a serios inconvenientes políticos porque, mientras los socialistas controlaban Viena y algunas otras ciudades, el resto del país estaba dominado por el católico Partido Social-cristiano, el tradicional enemigo antisemita de la social democracia, o por el Partido Nacionalista alemán»⁵².

La mera enumeración de esos parámetros ayuda a entender el dato de que la personalidad de Karl Popper presentara, nada más nacer a la vida intelectual una punta más afilada por el lado moral que por el propiamente científico. Y también que se vinculara bastante tempranamente a la social-democracia austriaca, e iniciara así su contacto con el marxismo. «El mundo en el que yo había crecido —ha escrito Popper retrospectivamente— había quedado destruido»: el marxismo, con sus pretensiones omniabarcantes, su aspiración de científicidad, su carácter intensamente moral, era la herramienta intelectual ad hoc para orientarse en el nuevo orden que pugnaba por nacer. Pero precisamente en el atractivo de la doctrina marxista radicaba su debilidad. Y ello en varios aspectos. En primer lugar, en su teoría moral, combinación de «profecía histórica» (el *crack* del capitalismo) y «regla moral» («¡ayuda a traer lo inevitable!»), resultando una peculiar moral de la clase que J. Mosterín ha llamado *deontológica*⁵³, pero con pretensiones de científicidad, corolario de la cual era la débil sensibilidad y responsabilidad en el capítulo de los medios —incluyendo en éstos las vidas humanas. Precisamente el episodio que, según ha contado el propio Popper, actuaría como revulsivo de su conciencia intelectual y moral sería la despreocupación fatalista mostrada por el minoritario núcleo comunista —al que Popper se había acercado durante la primavera de 1919 —por las consecuencias, en términos de vidas humanas, de las acciones emprendidas por ellos⁵⁴. En segundo lugar, por el tipo de vinculación que una doctrina como la marxista, mezcla de teoría científica y de credo moral, parecía exigir: vinculación con el marxismo como «un todo», y protección del corpus teórico del mismo en base a consideraciones morales contenidas en la propia doctrina, tales como la «lealtad a la causa» y «porque hay un mecanismo que lo va en-

⁵² Ibidem, p. 204.

⁵³ Cfr. J. Mosterín, *Racionalidad y acción humana*. Madrid: Alianza Editorial, 1978, pp.

34 ss.

⁵⁴ Popper, op. cit., p. 33.

volviendo a uno más y más profundamente: una vez que se ha sacrificado la conciencia intelectual en una cuestión de poca envergadura, no se está dispuesto a abandonar el asunto fácilmente; uno desea justificar el auto-sacrificio convenciéndose a si mismo de la básica bondad de la causa, la cual se cree que contrapesa sobradamente cualquier pequeño compromiso intelectual o moral que pueda ser requerido. Con cada sacrificio de esta índole, moral e intelectual, uno se va involucrando más profundamente»⁵⁵. Y, en tercer lugar, porque precisamente a causa de los rasgos recién aludidos, el marxismo resulta si no enteramente refractario, sí al menos dotado de poca sensibilidad de reacción ante eventuales pruebas desconfirmadoras de sus pretensiones de corrección formal y de verdad empírica. Por el contrario, se trata de un corpus que no prohíbe acontecimiento alguno: «A» y « $\neg A$ », una proposición y su negación se dejan deducir de él sin mayores violencias. Lo cual equivale a decir que resulta inmune a la experiencia y la crítica racional, reclamando por contra una vinculación cada vez más acrítica y dogmática.

Otras dos teorías colmaban también inicialmente el fuerte impulso moral experimentado por el joven Popper y su necesidad de contar con explicaciones para hacer frente al resquebrajamiento del mundo percibido al comienzo de su adolescencia: se trataba del psicoanálisis de Freud y la «psicología del individuo» de Adler. Ambas compartían con el marxismo su aparente «poder explicativo»: «These theories appeared to be able to explain practically everything that happened within the fields to which they referred. The study of any of them seemed to have the effect of an intellectual conversion or revelation, opening your eyes to a new truth hidden from those not yet initiated. Once your eyes were thus opened you saw confirming instances everywhere: the world was full of verifications of the theory. Whatever happened always confirmed it»⁵⁶. Interesa notar que la requisitoria popperiana contra Freud, Adler y Marx, no derivaba de la imputación de falsedad, en sentido técnico, o de productos sobrepasados y obsoletos a tenor del conocimiento convalidado científicamente en la época, sino de la pretensión desmedida de dar de sí explicaciones redondas de la realidad —algo que ni la más ambiciosa y pregnante de las ciencias positivas está en disposición de hacer— y, a un tiempo, mostrarse incapaces de colisionar con segmento alguno de la experiencia empírica —propiedad que, en cambio, posee la más modesta de las teorías científicas.

Lo singular del contexto teórico en el cual Popper forcejeaba por hacerse un pensamiento propio era la existencia de una cuarta teoría: la einsteiniana teoría de la relatividad, más en particular los debates acerca de su conformidad con los hechos en ciertos repectos clave (su teoría de la gravitación).

⁵⁵ Ibidem, p. 34.

⁵⁶ Popper, *Conjectures and Refutations*, ed. cit., pp. 34-5.

1919 fue el año crucial en el que Karl Popper llevó a consciencia, a un tiempo, la recusabilidad del marxismo y del psicoanálisis, y la científicidad de la teoría de la relatividad por su capacidad de colisionar negativamente con la experiencia y por su carácter dinámico y progresivo, por su capacidad de ganar en contenido teórico o aproximarse más a la verdad que las teorías preexistentes para el mismo dominio.

Popper ha tenido noticia por aquellos años de la revolución rusa, inspirada en una teoría pretendidamente científica que postula, con carácter general, la ocurrencia de toda transformación social según pautas causales bien especificadas, a saber, primeramente el cambio de la base económica y, posteriormente, como si de una secuencia ordenada se tratara, las relaciones sociales, el poder político y, finalmente, el entero sistema de ideas vigente en la sociedad. Lo paradójico de la cosa es que la única revolución socialista viable en la época se diera en un contexto social como el ruso, infradesarrollado en la práctica totalidad de planos, esto es, en un marco «no maduro» desde el punto de vista de la marxiana teoría de la historia y del cambio social. Y, consiguientemente, que la secuencia causal poco o nada tuviera que ver con la afirmada en el modelo teórico: el punto de partida fue más bien una idea («el socialismo = dictadura del proletariado + electrificación») cristalizada en el «leninismo», que con las palancas del poder estatal acometió la transformación del orden social y económico. La conclusión de Popper es que tal decurso causal constituye una refutación manifiesta de la teoría marxista, pero que, lejos de ser vista como tal por los teóricos de esa orientación, es presentada como un proceso ajustado típicamente a los cánones marxistas e incluso predicha por el marxismo⁵⁷. El psicoanálisis, por su parte, no prohíbe (teóricamente) ninguna conducta humana posible: no especifica que bajo las circunstancias x o y sea imposible que un hombre haga z o w . Lo cual implica que toda acción humana pueda oficiar como confirmación de la teoría psicoanalítica⁵⁸.

Sería precisamente la forma de presentación de la teoría einsteiniana, su disposición para colisionar con observaciones testables intersubjetivamente, por «observadores intercambiables», frente a la laxitud del marxismo y del psicoanálisis, tanto en su organización interna cuanto en lo que se refiere a su confrontación con la experiencia, lo que produciría un efecto indeleble en Karl Popper. *Themata* como la demarcación entre ciencia y no-ciencia, el progreso o desarrollo del conocimiento científico, la falsabilidad y otros emparentados surgirían en esta confrontación intelectual y moral vivida por Popper en su juventud.

El filósofo austriaco quedaría impresionado de por vida por la actitud de Einstein, que buscó poner de relieve aquellas ocurrencias que podrían

⁵⁷ Una excepción digna de ser notada es Antonio Gramsci. Cfr. «La rivoluzione contro il «Capitale», en *Scritti Politici*. Roma: Riuniti, 1971 (3), pp. 80-3.

⁵⁸ Popper, en F. Kreuzer, op. cit., p. 12.

refutar su teoría, afirmando que, en el supuesto de no ser efectivamente observadas, la abandonaría. La célebre expedición de Eddington en 1919, cuyas observaciones iban a dirimir la veracidad bien del modelo newtoniano bien del modelo einsteiniano del mundo físico, impresionaría al joven Popper, pero no tanto por la refutación de la teoría einsteiniana, «obzwar die sicher sehr eindrucksvoll war, sondern die Tatsache, dass sich hier eine Theorie aufs äusserste exponierte, sozusagen eine Widerlegung verlangte, un dass die Widerlegung nicht stattfand»⁵⁹.

La dúplice y dispar influencia de marxismo y psicoanálisis por un lado, y de la física relativista, decantaría a Popper bastante tempranamente del lado de esta última. De Einstein recibiría Popper no sólo una influencia, digamos, genérica —condicionante, por ejemplo, de los objetos de interés para su teoría de la ciencia— sino también particulares ideas metacientíficas, como ha señalado H. Spinner⁶⁰: una orientación «creacionista» (o antiinductivista), hipotético-deductivista, y falibilista⁶¹. Si se atiende al complejo marco histórico en que Popper nació a la vida intelectual, no resulta exagerada su afirmación, ya septuagenario, de que, seguramente, la influencia de Einstein ha sido a la larga la más decisiva para su pensamiento.

III. 4) Parámetros del racionalismo crítico

Popper ha tenido que construir su noción de «racionalidad» y su enfoque «racionalista crítico» en un escenario teórico ocupado por tres corrientes máximamente relevantes, amén de otras varias contribuciones que desde el ángulo de las ciencias sociales tuvieron que hacerse cargo más o menos centralmente de la temática de la «racionalidad»: las orientaciones filosóficas de matriz neopositivista, el irracionalismo o antirracionalismo representado por el existencialismo de los años 30, y el racionalismo marxista. Por su parte, tanto la obra metódica cuanto la sustantiva de Max Weber ejemplifica modélicamente la ocupación de los sociólogos con la problemática de la racionalidad.

En base del forcejeo teórico con las nociones de «razón» y de «racionalidad» en el siglo XX, representado por esas corrientes, está la crucial mutación experimentada en las mismas a lo largo de tres centurias de cambio social y, en particular, de constitución y desarrollo de la ciencia moderna y contemporánea, con la consiguiente crisis de la filosofía

⁵⁹ Ibidem, p. 14.

⁶⁰ Cfr. H. Spinner, op. cit., pp. 44-5. También, M. Garrido, «Teorías, paradigmas y modelos», en *Libros*, 16 (1983), p. 4.

⁶¹ Cfr. A. Einstein, *Mein Weltbild*. Versión castellana: *Mi visión del mundo*. Barcelona: Tusquets, 1980, pp. 147-8; «Autobiographical Notes», en P. A. Schilpp, *Albert Einstein: Philosopher-Scientist*. La Salle, Ill.: Open Court, 1970 (3), pp. 12 y 20-22.

como sistema, que tradicionalmente se había hecho cargo de la fundamentación o justificación de la racionalidad. La aludida mutación se refiere a la erosión sufrida por el concepto de «razón objetiva» y a la formalización de la «razón» o *racionalidad subjetiva* como única noción provista de sentido. Max Horkheimer ha ofrecido una presentación del asunto muy autocontenida, y merece ser aducida aquí, aún no compartiendo ni su estilo de pensamiento ni menos su crítica de la razón formal: la visión tradicional «afirmaba la existencia de la razón como fuerza contenida no sólo en la conciencia individual, sino también, en el mundo objetivo: en las relaciones entre hombres y entre clases sociales, en instituciones sociales, en la naturaleza y en sus manifestaciones. Grandes sistemas filosóficos, tales como los de Platón, Aristóteles, la escolástica y el idealismo alemán, se basaban sobre una teoría objetiva de la razón. Esta aspiraba a desarrollar un sistema vasto o una jerarquía de todo lo que es, incluido el hombre y sus fines. El grado de racionalidad de la vida de un hombre podía determinarse conforme a su armonía con esa totalidad»⁶². Corolarios de ese enfoque eran la postulación de la existencia de *metas u objetivos racionales en sí mismos*, la *primacía de los fines (últimos) sobre los medios*, la pretensión, más o menos explícita, de que *los valores considerados supremos pueden ser objeto de demostración*, y la conceptualización de la «razón subjetiva» como *expresión limitada o parcial* de esa otra racionalidad omniabarcante y objetiva. La racionalidad, en el plano de la ética, era de tipo *deontológico*: el juicio acerca de la racionalidad o irracionalidad de nuestras creencias y acciones es función de los (postulados) valores objetivos (con sus correspondientes deberes), siendo las consecuencias que de éstos puedan derivarse variable no-significativa.

Esa noción de «razón objetiva» parece poco compatible con los procesos de modernización ocurridos en Occidente, con la «modernidad», o, para decirlo con las categorías largamente trabajadas por los clásicos de la Sociología, con el tránsito de la *Gemeinschaft* a la *Gesellschaft*, de la «solidaridad mecánica» a la «solidaridad orgánica», del «status adscriptivo» al «status adquirido», fenómenos todos ellos coronados por la constitución del «libre mercado» y del «Estado representativo moderno», y acompañados por el paso, en el plano de la cultura, de la hegemonía de nociones «sacro-comunales» a nociones «secular-racionales e individualistas»⁶³.

Pues bien, a la par que el cambio social iba debilitando las raíces de esa conceptualización de la racionalidad, la metódica científica y la crítica gnoseológica conexa o paralela a ella sacaron a la luz los paralogismos y sinsentidos de la misma. *La racionalidad puede*, a tenor del nuevo *approach*, predicarse sólo de la creencias (sean del tipo que sean, inclu-

⁶² M. Horkheimer, *Crítica de la razón instrumental*. Buenos Aires: Sur, 1969, p. 17.

⁶³ Cfr. R. Nisbet, *La formación del pensamiento sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu, 1969, t. I, pp 71 ss.

yendo, como extremos de la escala, las creencias ordinarias y las científicas) y de las acciones humanas, no de las entidades abstractas. Más específicamente: sólo el sujeto —el individuo— es quien puede, en última instancia, acomodarse a patrones de conducta racionales o darles la espalda. Y ello en un sentido bien preciso: instrumentando procedimientos, operativas o reglas (tecnológicas o paratecnológicas) que le posibiliten la consecución máximamente eficiente o mínimamente ineficiente de los fines construidos o puestos por el propio agente (o por otros agentes, nunca por abstractos). La racionalidad de la conducta mutua de deontológica a teleológica: persigue la realización de los fines o de los programas de la forma más eficaz (o más útil para el agente) posible en un momento dado, lo cual implica producir o recabar información acerca de las condiciones de realizabilidad (o, en su caso, de irrealizabilidad) del fin puesto⁶⁴ —y ello equivale a decir que este tipo de racionalidad práctica tiene que atender a la racionalidad teórica encarnada en los «datos» de las ciencias positivas, en lugar de a concepciones muy redondas y cargadas expresivamente, pero menos aptas para orientarse en el tráfico cotidiano del nuevo marco civilizatorio abierto en el mercado moderno. Las morales teleológicas y sus teorías, esto es, sus éticas, atienden también a otra importante dimensión de toda acción: las consecuencias previstas o, cuando menos, entrevistas, pero también a las no esperadas ni deseadas. El juicio o la valoración que puede merecer un programa práctico (político, moral, ...) es función compuesta de su viabilidad (en razón de los medios disponibles) y de su costo (incluyendo aquí las posibles repercusiones, como la preterición o el aplazamiento, que el empleo de un conjunto de medios para alcanzarlo tengan sobre otros fines de la misma línea o de nivel superior; y también las consecuencias no-queridas del mismo que un análisis previo, «simulado», sea capaz de descubrir). Los «fines» son puestos por los agentes, y ningún razonamiento científico puede demostrar la bondad de tal o cual fin —la verdad no se predica de los fines. La prosecución de un determinado fin es materia de decisión, más o menos libre e informada, por parte del agente, en ningún caso de demostración.

Max Weber es, seguramente, el autor que ha establecido de manera más pregnante la distinción entre los dos tipos de racionalidad básicos⁶⁵, a saber, «racionalidad en cuanto a fines» (*Zweckrational*) y «racionalidad con respecto a valores» (*Wertrational*), concibiendo bajo la primera de las

⁶⁴ Cfr. J. Mosterín, op. cit., pp. 34-5.

⁶⁵ Cfr. R. Collins, *Max Weber*. Beverly Hills: Sage, 1986, pp. 61-79, y T. E. Huff, *Max Weber and the Methodology of the Social Sciences*. New Brunswick: Transaction Books, 1984, pp. 43-9. En realidad, Weber estableció, como es sabido, una distinción cuatripartita de los tipos de acción social posibles, a saber, «racional en cuanto a su fin» (*Zweckrational*), «racional en cuanto a valores» (*Wertrational*), «afectiva» y «tradicional». (Cfr. M. Weber, «La naturaleza de la acción social», capítulo de *Wirtschaft und Gesellschaft*, vertido al castellano por S. Giner, e incluido en M. Weber, *La acción social: Ensayos metodológicos*. Barcelona: Península, 1984, p. 42.

expresiones la acción «de usar los medios apropiados a un fin determinado: en tal caso, el agente hace uso de sus expectativas sobre la conducta de los objetos exteriores y de los otros seres humanos como «condiciones» o «medios» para conseguir, como resultado, la realización de sus propias intenciones, racionalmente perseguidas y calculadas»⁶⁶, mientras que el segundo tipo de acción racional viene referida al «intento de realización de un valor transcendente: en tal caso, el agente puede creer conscientemente en el valor intrínseco e incondicional de un género determinado de acción en nombre de un valor estético, ético, religioso o de otra índole, puramente y por sí mismo, al margen de sus consecuencias»⁶⁷. Y atendiendo a idénticos motivos que los utilizados para construir la distinción acabada de recoger, Weber ha establecido otras dos biparticiones atinentes al tema que estamos tratando: la primera viene referida al *plano general de la cultura*, en el que se da la contraposición entre «racionalidad formal» (o instrumental) —atinentes a la calculabilidad, a la relación medios-fines— y «racionalidad sustancial» (o sustantiva) —referida a fines éticos generales y más elevados—⁶⁸; la segunda ocurre en el contexto de la ética, donde sobresalen dos tipos fundamentales de conducta, según que ésta venga sustentada en una «ética de la responsabilidad» —que se corresponde con la racionalidad en cuanto a fines y la racionalidad instrumental— o en una «ética de la convicción» —concordante con la racionalidad con respecto a valores y la racionalidad sustantiva⁶⁹. Interesa señalar que Weber no construye su modelo de acción social sobre la base de dos conjuntos disjuntos, por entero racional el uno, completamente irracional el otro, sino que más bien opera sobre la base de una escala en la que pueden darse mayores o menores grados de racionalidad⁷⁰. Tal es

⁶⁶ Max Weber, op. cit., p. 42. Poco más adelante, Weber ofrece una cualificación de la acción racional con respecto a fines: «una persona actúa racionalmente en el sentido de medio a fin cuando su acción está guiada por la consideración de los objetivos, los medios y las consecuencias, cuando, al actuar, evalúa racionalmente los medios en relación a los fines, los fines en relación a las consecuencias secundarias y, finalmente, los varios fines posibles en su relación entre sí» (op. cit. p. 44).

⁶⁷ Ibidem, p. 42.

⁶⁸ Sobre este punto puede verse en castellano la «Nota introductoria» de S. Giner y J. F. Ivars a la edición de Weber citada. Cfr. también R. Collins, op. cit., pp 62-3.

⁶⁹ El paso crucial de Weber pertenece ahora al texto «Politik als Beruf» que damos a continuación en la versión castellan de F. Rubio Llorente: «Tenemos que ver con claridad que toda acción éticamente orientada puede ajustarse a dos máximas fundamentalmente distintas entre sí e irremediabilmente opuestas: puede orientarse a la «ética de la convicción» o conforme a la «ética de la responsabilidad» («*Gesinnungsethisch*» oder «*Verantwortungsethisch*»). No es que la ética de la convicción sea idéntica a la falta de responsabilidad o la ética de la responsabilidad a la falta de convicción. No se trata en absoluto de esto. Pero sí hay una diferencia abismal entre obrar según la máxima de una ética de la convicción, tal como la que ordena (religiosamente hablando) «el cristiano obra bien y deja el resultado en manos de Dios», o según una máxima de la ética de la responsabilidad, como la que ordena tener en cuenta las consecuencias previsibles de la propia acción» (*El político y el científico*. Madrid: Alianza Editorial, 1969, pp. 163-64).

⁷⁰ Cfr. V. Pérez Díaz, op. cit., p. 68.

el enfoque que el analista de la acción social debe mantener, pero, como señala Weber, desde el punto de vista de los agentes envueltos en la acción social, las cosas cambian, pues «desde el punto de vista de la racionalidad «medio-fin», la otra racionalidad es siempre irracional, y más aún cuanto más ensalza el valor que debe guiar la acción a la categoría de valor absoluto»⁷¹.

Pues bien, la generalización en la economía, la política y la cultura superior de los países de economía de mercado y democracia liberal del tipo de racionalidad formal, teleológica y de la ética de la responsabilidad, al menos como desideratum proclamado en paralelo con el desencantamiento del mundo producido indirectamente por la ciencia, ha dado lugar en nuestro siglo a una peculiar dialéctica entre racionalismo-irracionalismo, al punto de no ser tarea simple la delimitación del contorno cubierto por cada una de esas dos corrientes básicas. Porque, en efecto, la formalización de la razón, efecto —como gustan de decir los autores frankfurtianos— de la subjetivización de la racionalidad, la primacía incondicionada de la idea de calculabilidad, ha generado o motivado orientaciones doctrinales de bastante potencia que, en el plano de la cultura general acaban dando en «asalto a la razón». Y ello sin perjuicio de los diversos puntos de partida. El neopositivismo, durante las tres primeras décadas del siglo, ha puesto simultáneamente en obra la racionalización formalista extrema (fijada normativamente) de la práctica científica y la inhibición de la razón en las restantes instancias de la vida cotidiana: puesto que, según la célebre sentencia final del *Tractatus*, «de lo que no se puede hablar, hay que callarse», esto es, de la ética, de la estética y de los restantes planos de la conducta, con exclusión de la científica —de la que ocurre en el laboratorio—, ese silencio que el analista, racionalizador por excelencia de un corto segmento de la vida social, se autoimpone, será roto por los predicadores de toda clase —religiosos, ideológicos, constructores de sistemas metafísicos, etc.⁷². En lo que a la cultura se refiere, ahí se tendría una de las raíces de la copresencia de lo que el último Lukács llamaba la «mico-racionalidad» y la «macro-desrazón». El existencialismo, por su parte, ha explotado en sentido pesimista algunas de las dificultades técnicas presentes efectivamente en períodos dados de tal o cual disciplina científica (como la irreductibilidad de unos niveles de la realidad a otros, lo que fundaría la imposibilidad de acceder a una imagen del mundo homogénea), para acabar desarrollando una antropología en la que el verdadero trato del hombre con la naturaleza nada tiene que ver con las noticias que de la misma ofrece la ciencia, la fe en la cual debería

⁷¹ M. Weber, op. cit., p. 44.

⁷² Cfr. J. Muñoz, *Lecturas de filosofía contemporánea*. Barcelona: Materiales, 1978, pp. 20-21; y G. Lukács, en H. Heinz Holz et alia. *Conversaciones con Lukács*. Madrid: Alianza Editorial, 1969, p. 64.

destruirse, como afirmara Sartre⁷³: en la práctica totalidad de pensadores existencialistas hay una lucha contra el racionalismo clásico y la ciencia positiva, que es objeto de elaboración, más o menos sistemática, hasta llegar a cristalizar en alguno de ellos, señaladamente en Heidegger, en un corpus no ya meramente irracionalista sino declaradamente anti-racionalista⁷⁴.

En el escenario tenido a la vista por Popper en la construcción de su «racionalismo» está también el marxismo que, como se verá más abajo, Popper considera como un racionalismo anacrónico, acrítico, con una equivocada concepción de la ciencia en su base —una concepción inevitablemente preeinsteiniana y basada además en una gnoseología ingenua—, una errónea ética —uno de cuyos rasgos sería la creencia confiada en la demostrabilidad científica de los fines— y una moral de tipo historicista con consecuencias históricas seguramente no previstas ni deseadas, pero existentes e indeseables. Finalmente, las doctrinas historicistas en general, cuyas dos cristalizaciones históricas principales serían para Popper el fascismo y el comunismo de inspiración marxista, acaban de completar el contexto teórico y moral que nuestro autor tendrá ante sí como referente crítico de su modelo de racionalidad.

El racionalismo popperiano es un «racionalismo crítico», expresión que, a condición de no tomarla retóricamente, informa bastante acerca de sus parámetros básicos. Por lo pronto, sugiere que no está impregnado de la confianza ingenua en la Razón que fue característica del racionalismo clásico. Y ello en varios sentidos, todos ellos de mucha importancia. Para empezar, Popper sabe muy bien, y hace objeto de elaboración y de declaración de ello, que *su racionalismo no es nada demostrable* (al modo en que, mediante un algoritmo o prueba, se demuestra un teorema en matemáticas o en lógica), evitando incurrir no ya en la falacia naturalista, sino también en la *petitio principii* consistente en sostener que, puesto que la actitud racionalista implica respeto del razonamiento y de la experiencia empírica, será por el mero recurso a ambos como pueda demostrarse su superioridad sobre el irracionalismo. Baste el paso que sigue para documentar transparentemente lo dicho: «The rationalist attitude is characterized by the importance it attaches to argument and experience. But neither logical argument nor experience can establish the rationalist attitude (...) That is to say, a rationalist attitude must be first adopted if any argument or experience is to be effective, and it cannot therefore be based upon argument or experience.(...) We have to conclude from this that no rational argument will have a rational effect on a man who does

⁷³ Cfr. M. Sacristán, «La tarea de Engels en el Anti-Dühring», en *Sobre Marx y marxismo*. Barcelona: Icaria, 1983, p. 49.

⁷⁴ Según la tesis mantenida por M. Sacristán en *Las ideas gnoseológicas de Heidegger*. Barcelona: CSIC, 1959.

not want to adopt a rational attitude. Thus a comprehensive rationalism is untenable»⁷⁵.

La falacia naturalista está, desde luego, claramente evitada: Popper es consciente, como lo era Einstein, de que, para decirlo con frase de este último, no se puede demostrar teóricamente, en base a tales y cuales datos, que no se debe exterminar a la humanidad, por obvio y crucial que tal juicio de valor sea para nuestra sensibilidad. O, dicho sin ejemplo, que por más acopio de juicios fácticos que se haga, no podrá derivarse juicio de valor alguno a partir de ellos, pues derivar significa técnicamente sólo una cosa: deducir («sacar de»), y para que esta operación tenga sentido, premisas y conclusión deben ser homogéneas en cuanto a su naturaleza, esto es, o bien juicios de hecho, o bien juicios de valor, en ningún caso una mezcla de ambos⁷⁶. Tan consciente es Popper de esa falta, que arruina todo razonamiento —y en la que generalmente incurren ideólogos, políticos y predicadores—, que no ha necesitado llegar a la mitad del volumen I de *The Open Society* para expresar redondamente ese imposible: «it is impossible to derive a sentence stating a norm or a decision or, say, a proposal for a policy from a sentence stating a fact; this is only another way of saying that it is impossible to derive norms or decisions or proposals from facts»⁷⁷.

La modesta realidad es que *el racionalismo crítico es una variedad de racionalismo no-autónomo, sino dependiente o apoyado en su arranque inicial en un supuesto, decisión, creencia, o incluso hábito*⁷⁸. *La decisión de adoptar el racionalismo es inevitablemente externa al racionalismo mismo, considerado éste técnicamente. El racionalismo crítico, a diferencia del dogmático, sabe que tiene como pre-supuesto la mera creencia, no la demostración o la prueba formal.* Nuevamente, los pasos en que se formula ese saber y esa actitud abundan en la obra de Popper. Pero es, quizás, particularmente significativo el que a continuación se ofrece, procedente de *Conjectures and Refutations*, por cuanto no sólo ilustra la tesis general, sino que además informa del motivo que en el caso concreto de Popper, tuvo la «decisión por el racionalismo»: «My rationalism is not dogmatic. I fully admit that I cannot rationally prove it. I frankly and confess that I choose rationalism because I hate violence, and I do not deceive myself into believing that this hatred has any rational grounds. Or to put it another way, my rationalism is not self-contained, but rests on an irrational faith in the attitude of reasonableness. I do not see that we can go beyond this»⁷⁹. Pero que el racionalismo crítico arranque o se origine con una de-

⁷⁵ Popper, *The Open Society...*, ed. cit., vol. II, pp. 230-31.

⁷⁶ Sobre el tópico de la «falacia naturalista», Cfr. J. Muguerza, «Es y debe (En torno a la lógica de la falacia naturalista)», en *La razón sin esperanza*. Madrid: Taurus, 1977, pp. 65-95.

⁷⁷ Popper, *ibídem*, vol. I, p. 64.

⁷⁸ *Ibidem*, vol. II, p. 231.

⁷⁹ Popper, *Conjectures and Refutations*, ed. cit., p. 357. Un analista de la filosofía con-

cisión que puede tener en su base motivos diversos, no implica que, una vez en funcionamiento, no pueda, apoyarse en lo que el profesor Garrido ha llamado, siguiendo a Kreisler, el «*rigor informal*», esto es, el *uso de razones o argumentos* no concluyentes, «que no serán estrictamente formales ni tal vez demasiado convincentes, pero que servirían, cuando menos, para aconsejar esa opción o para justificarla después de haberla adoptado»⁸⁰.

Todas las eventuales razones que el pensamiento racional puede aducir en su favor remiten a una básica, que opera como matriz de las demás, a saber, atender a las *consecuencias* que se siguen de la opción por el racionalismo o por su contrario, consecuencias que afectan a la vida de los demás hombres, y que, por lo mismo, sugieren que aquella decisión no es mera cuestión intelectual, o de gusto, sino que tiene carácter propiamente moral⁸¹. No interesa tanto referirse aquí a los varios desarrollos que, singularmente en *The Open Society* (...), Popper ha realizado acerca del capítulo de las consecuencias sociales de una u otra opción básica, cuanto dejar constancia de una oposición que modeliza en el plano del pensamiento y de la práctica político-social, la oposición entre racionalismo crítico y racionalismo dogmático, a saber, la confrontación entre la «ingeniería social fragmentaria» y el «utopismo», al que se atiende en la segunda parte de este artículo, que será publicado en un próximo número de *Teorema*.

temporánea del área germánica, R. Bübner, ha señalado que «la racionalidad crítica se origina en una decisión», en *La filosofía alemana contemporánea*. Madrid: Cátedra, 1984, p. 135.

⁸⁰ M. Garrido, «Metafilosofía del racionalismo», en *Teorema*, 1 (1971), p. 61.

⁸¹ Popper, *The Open Society*..., ed. cit., vol. II p. 232.